



Una invitación a resistir desde lo ordinario

An Invitation to Resist Through the Ordinary

María Victoria Suárez¹⁰

Investigador Independiente, Ecuador
mv94suarez@gmail.com

Received: 2025-05-20
Accepted: 2025-05-20
Published: 2024-06-30

La distinción entre entorno construido y entorno natural es una dicotomía heredada de la modernidad; momento en el que se entendía el universo a través de la contraposición de categorías como [humano-orgánico] y [artificial-genuino]. Sin embargo, los seres humanos también somos parte de la naturaleza: nuestros pensamientos, tecnologías y todo lo que producimos forman parte inseparable de ella.

Para visualizar esta idea pensemos en la naturaleza no como una entidad fija, sino una construcción discursiva continuamente moldeada por el lenguaje, la ciencia, la cultura y las narrativas que generamos en torno a estos componentes. (Haraway, 2016) Así, el entorno construido no se opone al orden natural de las cosas, sino que es una de sus manifestaciones: una naturaleza cargada de símbolos y habitada por significados.

En este sentido, el paisaje urbano es un ecosistema, donde las fachadas de las casas, los postes de luz, nuestra expresión cultural, los árboles, nuestros deseos, las palomas, nuestras historias y los cuerpos de agua conviven dentro de un mismo tejido vital. Reconocer esto es fundamental para proyectar ciudades capaces de celebrar su condición mestiza y dinámica.

Lo ordinario

El paisaje urbano de Guayaquil, lejos de ser una entidad homogénea, está conformado en su mayoría por lo que Enrique Walker denomina arquitectura ordinaria; estas son construcciones no-autorales que nacen desde las necesidades cotidianas y las lógicas propias de quienes las habitan (Walker, 2010). En esta arquitectura, muchas veces ignorada o subestimada, se develan las verdaderas complejidades del entorno urbano contemporáneo: procesos de adaptación, resiliencia y supervivencia que

configuran la sustancia ontológica detrás de nuestros paisajes. Comprender esto implica abandonar los relatos lineales —aquellos protagonizados por genios arquitectónicos, estilos consagrados o narrativas de progreso— y adentrarse en los espacios grises que son donde realmente existimos.

Por esta razón, he centrado mi investigación en el Barrio Orellana, un barrio emblemático de Guayaquil concebido en los años cuarenta como un proyecto habitacional moderno para la clase media. Hoy, este sector presenta un rostro completamente distinto al imaginado por su promotora original. Lejos de reproducir los ideales modernos de homogeneidad, limpieza y progreso, el barrio se expresa ahora a través de un lenguaje multivalente (Jencks, 1977), donde convergen signos de domesticidad, comercio, memoria y afecto.

Para llegar al punto de poder traducir en palabras todo esto que inicialmente solo podía percibir con los sentidos y comprender desde la emoción, recurrí al pensamiento de diversos autores que me ofrecieron las herramientas para articular esa experiencia. Entre estos: Charles Jencks, Farshid Moussavi, Venturi y Denise Scott-Brown.

Jencks aporta la noción de **multivalencia**, que permite entender las fachadas del barrio como composiciones cargadas de significados simultáneos, producto de décadas de intervenciones espontáneas. Moussavi introduce el concepto de “**affect**”, clave para interpretar los gestos arquitectónicos no solo como formas, sino como generadores de experiencia sensorial y emocional (Moussavi, 2006). Por su parte, Venturi y Scott Brown ofrecen una base crítica desde la **aceptación de la contradicción y la complejidad**, validando la coexistencia de estilos, escalas y usos que caracteriza al Barrio Orellana y a la mayor parte de Guayaquil (Venturi, R., Scott Brown, D., & Izenour, S, 2017). Juntos, estos autores nos permiten imaginar diferentes

Figura 1: Levantamiento de la av. Padre Solano entre Esmeraldas y José Mascote del Barrio Orellana, Guayaquil. Collage fotográfico. (2023)



Figura 2: Representación especulativa de una vivienda multivalente del Barrio Orellana. Dibujo digital. (2023)



modos de conservación que reconocen al paisaje urbano como un sistema semiótico vivo, donde preservar no significa paralizar, sino intervenir desde la riqueza del lenguaje arquitectónico cotidiano.

El patrimonio dinámico

Mi interés por el Barrio Orellana radica en encontrar otras formas de conservar el paisaje urbano patrimonial sin la necesidad de congelarlo en el tiempo o de “restaurarlo” dentro de una escenografía o un Simulacro (Baudrillard, 1981).

En nuestro contexto latinoamericano, donde persisten narrativas urbanas heredadas de la colonización —jerárquicas, lineales y excluyentes—, volver la mirada hacia lo ordinario y lo informal se convierte en un acto de resistencia y recuperación. Es una forma de reivindicar otros saberes urbanos: aquellos que surgen de lo vivido, lo gris, lo contradictorio y lo profundamente local. Cada fachada puede leerse como una manifestación estática de un proceso dinámico: superficies transformadas por acumulaciones de decisiones cotidianas, detonadas por fenómenos culturales,

necesidades familiares, migraciones o giros económicos. Si llegasemos a trazar una línea del tiempo fotográfica de cualquier calle dentro del barrio —desde que se entregaron las viviendas hasta el presente— se harían visibles las huellas materiales de las fuerzas invisibles que han moldeado su paisaje: deseos, adaptaciones, estrategias de supervivencia. Un archivo vivo de lo que la ciudad es cuando se la permite ser.

Referencias

- Haraway, D. J. (2016). *Staying with the trouble: Making kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- Walker, E. (2010). *Lo Ordinario*. GG (Gustavo Gili).
- Jencks, C. (1977). *The language of post-modern Architecture*. Rizzoli.
- Moussavi, F., & Kubo, M. (2006). *The function of ornament*. Harvard Graduate School Of Design .
- Venturi, R., Scott Brown, D., & Izenour, S. (2017). *Learning from Las Vegas*. The MIT Press.
- Baudrillard, J. (1981). *Simulacra and Simulation*. The University of Michigan Press.